

EL ANTIGUO PALACIO DE ADANERO

Introducción

La historia de la arquitectura residencial en Madrid nunca ha destacado, salvo en contadas excepciones, por contribuir de un modo positivo a la imagen de la ciudad. No me refiero ahora a las casas de renta o alquiler, tampoco a las «casas a la malicia»¹, no a las «corralas», casas de «tócame-Roque» ni a otras formas más o menos castizas de lo que en el pasado fue la vivienda popular y modesta, a las que Ramón de la Cruz, Mesonero-Romanos, Larra y Galdós dedicaron ya muy sabrosas páginas. Quiero referirme a la escasa contribución, tanto de la nobleza vieja como de la nueva burguesía, a la construcción de la ciudad a través de una imagen culta de la vivienda privada que como signo externo de un estatus social y de un poder económico, constituye uno de los episodios más brillantes de la arquitectura europea entre los siglos XVI y XIX. Cualquier comparación con Italia, Francia o Inglaterra resultaría muy enojosa, por lo que resulta ocioso nombrar obras, ciudades y arquitectos que harían más inexplicable aún aquel desdén por las formas cultas de vida entre las que se incluye, y muy principalmente, el de la casa propia.

La misma iniciativa real queda muy por debajo del comportamiento habitual en ese binomio espectacular que suele ser poder/arquitectura en Europa. Habrá que esperar al siglo XVIII para que el Palacio Real nuevo, haga olvidar tantas reformas y ampliaciones del viejo Alcázar de Madrid, en el intento de convertir en palacio el antiguo castillo de los Trastámaras². En efecto, la arquitectura del Alcázar madrileño, a lo largo de los siglos XVI y XVII, no deja de ser un continuo injerto, en un viejo tejido, desde Covarrubias hasta Gómez de Mora, para dotar de una distribución coherente a su interior y unificar con una fachada arquitecturas de distinta edad y condición³. Sin duda

¹ CORRAL, J. del. *Las casas a la malicia*, Madrid, 1977.

² PLAZA, F. de la. *El Palacio Real Nuevo de Madrid*, Valladolid, 1975.

³ GERARD, V. *De castillo a palacio. El Alcázar de Madrid en el siglo XVI*. Madrid, 1984.

la obra de El Escorial absorbió fondos y empeños y Madrid capital se quedó sin un palacio cortesano en consonancia con su alcance político.

Si esto ocurría con la casa del rey qué no sería con la de aquellos nobles que, contando con magníficas casas y castillos en sus villas señoriales de origen, llegaron a vivir en la Corte en situación de alquiler. Sabemos, por ejemplo, que don José Alfonso Pimentel, conde y duque de Benavente, de los Consejos de Estado y Guerra de sus Majestad, presidente del Consejo de Italia, etc., vivía en Madrid en una casa arrendada a Pedro Tapia, en 1620. Otro tanto ocurría con una dignidad eclesiástica de la importancia de don Diego de Guzmán, Patriarca de las Indias, capellán y limosnero mayor de Felipe III, del Consejo General de la Inquisición, etc., que vivía arrendado en la casa de los Lujanes. El propio conde de Monterrey alquilaba una casa a Pompeyo de Tassis, etc.⁴, de tal modo que por estos y otros ejemplos resulta fácil deducir cuál sería el aspecto de nuestros primeros edificios, tal y como corrobora un atento análisis del plano de Texeira. Hubo, desde luego, excepciones que confirman la regla como es la del palacio del duque de Uceda, con un tratamiento de fachadas ciertamente singular, si bien, como decía Ponz en el siglo XVIII, «la mayor parte de las casas de los señores sólo en tamaño se distinguen de las casas de los particulares»⁵.

En otro lugar he señalado cómo el tema del palacio urbano conoce en Madrid una metamorfosis importante a lo largo del siglo XVIII, pasando de la simple «casa principal» al «palacio de ciudad»⁶. Aquella, ocupando la primera mitad del siglo, contó con artífices como los Ribera y Churriguera, contándose entre sus impulsores los Tassis y Goyeneche. La creación de la Academia de Bellas Artes, el deseo de emulación que despertó la construcción del Palacio Real Nuevo sobre el incendiado Alcázar, una coyuntura económica propicia y el soplo ilustrado que alienta la segunda mitad del siglo XVIII, impulsaron palacios como los de Liria, Buenavista y Vistahermosa, quedando otros muchos sin terminar como el de Altamira, o en simple proyecto como el de Osuna en Leganitos.

El brusco corte que supuso en nuestra historia la francesada truncó, entre otras cosas, el desarrollo de una arquitectura palaciega que no cobrará vida hasta la formación de un nuevo grupo social de signo burgués bajo el reinado de Isabel II. Es entonces cuando el beneficio de un incipiente capitalismo forjado al calor de la bolsa, de las concesiones ferroviarias y de los negocios inmobiliarios, produjo en nuestra ciudad los primeros signos externos de una aristocracia nueva que frente a la nobleza vieja se hizo con el protagonismo edilicio de la ciudad a través de palacios y «palacetes», de «hoteles» y casas de campo a modo de «villas» suburbanas. Se hizo entonces aquí lo que la burguesía hacía en París, Roma o Viena. Un fenómeno mimético llevó a nuestros banqueros y capitalistas a competir unos con otros, en el mercado del dinero, si, pero no menos a través de sus señoriales, y

⁴ SALTILLO, MARQUÉS DE. «Casas madrileñas del pasado», *Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid*, 1945.

⁵ PONZ, A. *Viaje de España*, Madrid, 1776 (Ed. Aguilar, Madrid, 1947, p. 496, 2.^a col.).

⁶ NAVASCUÉS, P. *Palacios madrileños del siglo XVIII*, Madrid, 1978.

⁷ NAVASCUÉS, P. *Un palacio romántico*, Madrid, 1983.

⁸ NAVASCUÉS, P. «Castellana: quien te ha visto y quien te ve», *Lápiz*, 1985, núm. 28, pp. 28-33.
Sobre la fortuna y casas de este grupo social. Vid. Alfonso de Otazu: *Los Rothschild y sus socios en España*, Madrid, 1987.

⁹ NAVASCUÉS, P. «Influencia francesa en la arquitectura madrileña del siglo XIX: la etapa isabelina», *Archivo Español de Arte*, 1982, núm. 217, pp. 59-68.
Vid. también NAVASCUÉS, P. *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*, Madrid, 1973.

en algunos casos, principescas moradas, donde el edificio exento y rodeado de jardines, cocheras, lujosos salones, patios y un soberbio coleccionismo, se convirtieron en los timbres de esta aristocracia de nuevo cuño. De todos es conocido el caso del Marqués de Salamanca y su palacio⁷, pero hay otros como el de Gaviria, Campo Alanje, Remisa, Indo, Anglada, etc., que incluso por su vecindad llegaron a formar un verdadero barrio de banqueros sobre el eje del paseo de Recoletos, prolongado luego a través del paseo de la Fuente Castellana, en la segunda mitad del siglo XIX, y hoy prácticamente desaparecidos⁸.

Interesa destacar que desde el punto de vista formal o «estilístico», muchos de estos palacios, tuvieron por modelo los «hoteles» franceses, en alguna de las modalidades de los «Luises», esto es, desde Luis XIII hasta Luis XVI, siendo incluso franceses los autores de algunos palacios que se levantaron en Madrid en el siglo XIX. El ejemplo más notable, y que ya publiqué en otro lugar, es sin duda el desaparecido Palacio de Uceda (1864), que se levantaba en la plaza de Colón, obra del arquitecto Delaporte. Lo que entonces llamó más la atención a los madrileños fue la mansarda con que remataba el edificio, y mientras algunos ironizaban llamándolas «casas de requiem» por la forma de ataúd de su cubierta, otros criticaban que aquella mansarda, que en Francia había sido en su comienzo «una trampa legal más o menos feliz o ingeniosa ha venido a ser en España un tipo de distinción y un miembro obligado de nuestros ilustres próceres»⁹.

El hecho es que aquel modelo se siguió repitiendo en Madrid bajo las monarquías de Alfonso XII y Alfonso XIII, con variantes, pero sin abandonar tantos y tantos prototipos franceses que circularon entre nosotros a través de revistas y repertorios de láminas desde los más antiguos y célebres de Isabey, Leblan y Daly, hasta los modelos vistos en «L'Architecture». Este estilo pseudo-francés llegó incluso a convertirse en una especialidad que cultivaron con acierto algunos de nuestros arquitectos, como es el caso de Joaquín Saldaña, autor del palacio de Adanero y de otros muchos edificios análogos. Casi todos ellos coinciden en fecha, con la Primera Guerra Mundial y responden a una salida cosmopolita y amable, ante el problema del estilo en la arquitectura. Frente al frívolo modernismo y al adusto casticismo, era posible esta tercera vía más europea e internacional de «estilo francés». Era la seguridad de lo aceptado frente al riesgo de la novedad en un momento delicado por los cambios que se están produciendo en orden al lenguaje arquitectónico y que apunta ya hacia soluciones desnudas de signo racionalista. Era, por otra parte, un estilo burgués por excelencia y con todos los riesgos que las generalizaciones conllevan, puede decirse que, el estilo de los «luises», o el «francés moderno», supone un alineamiento de la burguesía, titulada, frente a la vieja hidalguía de quienes se parapetan en las arquitecturas castizas de «estilo Monterrey» que de algún modo responde, en los pabellones de exposiciones y certámenes, a un «estilo nacional» con evidentes connotaciones políticas. Este es, en definitiva, el cuadro general en el que

se inserta el palacio de Adanero, uno de los contados ejemplos que afortunadamente ha sobrevivido a la casi total destrucción de esta tipología edilicia en Madrid.

El lugar

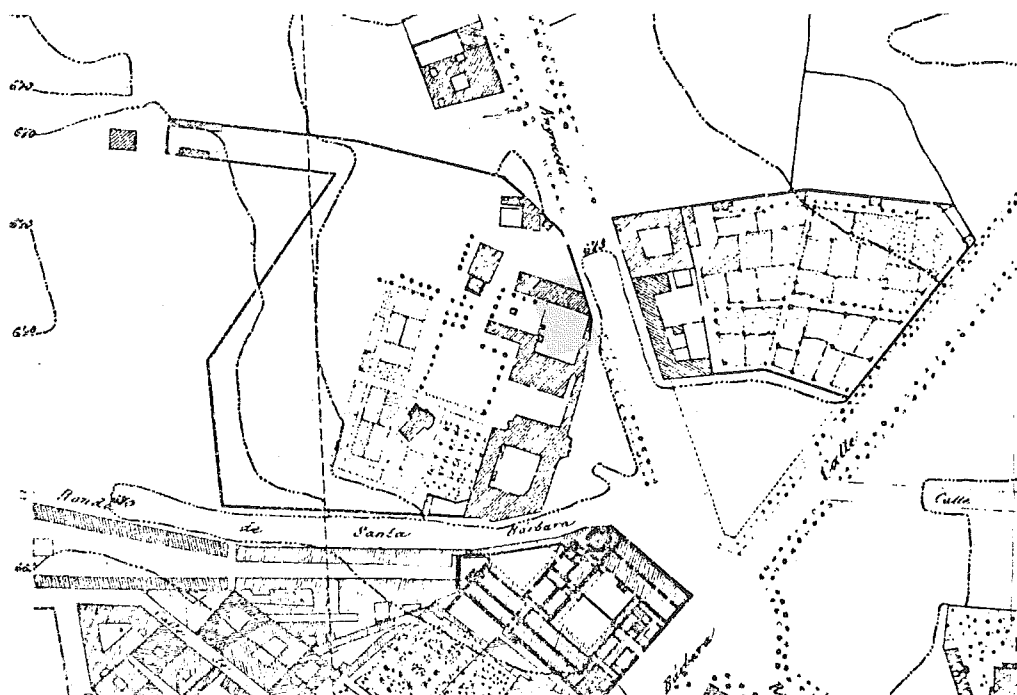
El palacio de Adanero se alzaría en una parte del solar que ocupó la célebre Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara, de donde salieron obras primorosas como los tapices que sobre cartones de Goya visten hoy las estancias de los Reales Sitios o las alfombras que cubrieron los suelos del Congreso de los Diputados. Aunque no es este el lugar para hacer la historia de dicha Real Fábrica sí que recordaremos que su fundación data de 1720, bajo la monarquía de Felipe V, cuando Jacobo Vandergoten, maestro tapicero llegado de Amberes, recibe el encargo de establecer una fábrica de tapices en las inmediaciones de la Puerta de Santa Bárbara (hoy plaza de Alonso Martínez), en un «viejo y destartado caserón situado extramuros de la Puerta de Santa Bárbara, vulgarmente denominado Casa del Abreviador»¹⁰. A los telares de bajo lizo allí instalados se sumaron otros de alto lizo que se encontraban en las viejas e insuficientes dependencias de la antigua fábrica de la calle de Santa Isabel. Esta y otras circunstancias, como los altos alquileres que el rey debía satisfacer por el arrendamiento de la casa del Abreviador, hicieron que, en 1749 se comprase ésta a su propietario, don Juan Manuel Fernández de Villegas, pagando por ella la estimable cantidad de 153.000 reales de vellón.

Todos cuantos se refieren a aquel caserón lo describen como obra modesta, siendo muy precisas las palabras de Madoz al decir que estaba «hecho de mampostería, albañilería y entramados de madera, sin ornato alguno de arquitectura», añadiendo que «el primitivo destino de esta casa fue para fábrica de pólvora»¹¹. No he podido comprobar este último punto que no coincide con la mencionada Casa del Abreviadero, pero que repiten otros autores como Fernández de los Ríos¹², quienes probablemente se limitan a trasladar lo dicho por Madoz. El terreno en cuestión tiene una breve y elemental historia en una de las salidas del norte de la ciudad, desde cuya Puerta de Santa Bárbara, llamada así por el convento inmediato que existía hasta su exclaustración en 1836, partía el camino de Hortaleza, tal y como aparece en el plano de Texeira (1656). No deja de ser interesante hacer notar que en los terrenos a que nos estamos refiriendo como ocupados por la Fábrica de Tapices, Texeira dibuja ya una posesión cercada con casa importante y molino de viento. Toda esta zona «extramuros», muy desnuda en el siglo XVII, conocería una nueva ordenación en la centuria siguiente tal y como nos describe los contornos de la ciudad el plano de Chalmandrier (1761). En él aparecen, además del camino de Hortaleza, que desde 1752 se le llama también paseo de Chamberí, hoy calle de Santa Engracia, que al parecer era paseo favorito de doña Barbara de Braganza, esposa de Fernando VI, aparecen también, deci-

¹⁰ SAMBRICIO, VALENTÍN DE. «La Real Fábrica de Tapices de Santa Bárbara», en *El Madrid de Carlos III*, Madrid, 1961, pp. 212-214 y 216-217.

¹¹ MADOZ, P. *Diccionario Geográfico-Estadístico...*, Madrid, 1897, T. X., p. 963. Unos interesantísimos dibujos debidos a José María Florit sobre los edificios de la Real Fábrica días antes de su demolición se reproducen en el artículo de A. de C.: «La fábrica de Tapices», *Boletín de la Sociedad Española de Excursiones*, 1946, pp. 141-143.

¹² FERNÁNDEZ DE LOS RÍOS, A. *Guía de Madrid*, Madrid, 1876, p. 634.



Topografía Catastral de España Organismo de Estadística. Año 1870. Escala original 1:2.000.

¹³ MOLINA, M. *Planos de Madrid de los siglos XVII y XVIII*, Madrid, 1960.

mos, el camino que conducía a la fuente de Castilla, futura calle de Almagro, llamada anteriormente del General Winthuysen, y lo que será la ronda de Santa Bárbara en sus dos tramos que hoy conocemos como calles de Sagasta y Génova, respectivamente¹³.

No obstante sería el Ensanche de Madrid el que en la segunda mitad del siglo XIX vendría a cambiar la fisonomía de toda esta zona, si bien los ejes fundamentales que hoy confluyen en la plaza de Alonso Martínez ya estaban fijados en el siglo XVIII. A nosotros nos interesa incidir en la punta formada entre Santa Engracia y Sagasta, puesto que allí se encontraba la Fábrica de Tapices. El Anteproyecto de Ensanche formado por Carlos María de Castro (1859) quiso volver la espalda a esta realidad, ya consolidada, proponiendo un damero bastante regular de trazado ortogonal. Sin embargo, tanto por lo avanzado de la construcción del inmediato barrio de Chamberí, en torno a la plaza de Olavide, como la existencia de otras edificaciones alineadas conforme al mencionado trazado vial anterior al Anteproyecto de Castro, éste nunca se llevó a la práctica. En concreto y sobre el triángulo formado por Santa Engracia, Luchana y Sagasta, surgiría sí, una distribución relativamente regular de manzanas pero muy distante de lo ideado por Castro, y con una organización vial que no llega a articularse de un modo coherente con las calles de su entorno. La configuración de este triángulo tardó bastante en ser definitiva, desde que en 1872 se aprobara el proyecto de desmonte de toda esta zona en torno a la plaza de Alonso Martínez, de acuerdo con el proyecto del ingeniero Eugenio Barrón. La obra de nivelación y rasantes, para aproximar lo más posible la cota del Ensanche a la más baja del viejo casco de la ciudad, se llevó a efecto en los años 1874-1875¹⁴, siendo un documento de gran

¹⁴ RUIZ PALOMEQUE, E. *Ordenación y transformaciones del casco antiguo madrileño durante los siglos XIX y XX*, Madrid, 1976, p. 338.



Del Plano Parcelario de Madrid de Carlos Ibáñez de Ibero. Años 1872, 1875, 1874. Escala original 1:2.000.

interés, en este sentido, el Plano Parcelario de Madrid de Ibáñez Ibero, que recoge puntualmente las curvas de nivel tal y como era esta zona en los años 1872-1874. El trazado y apertura de las calles, olvidada ya la propuesta de Castro, se produciría lentamente en los años siguientes, según lo recoge, por ejemplo el Plano de Madrid de Emilio Valverde, publicado en 1883. Sin embargo todavía falta en él por completar algunas zonas del triángulo Santa Engracia-Luchana-Sagasta, que estamos comentando, y en concreto la ocupada por la Real Fábrica de Tapices que aún estaba en pie y en activo.

La necesidad de completar la ordenación urbana, por un lado, y lo inadecuado de las instalaciones de la Fábrica, dieron por resultado el derribo del edificio y la venta de su solar. Para ello fue preciso una Ley aprobada por las Cortes y sancionada por el Rey, con fecha de 13 de julio de 1882, para poder demoler la fábrica y enajenar aquellos terrenos del Patrimonio Real. No obstante, y a juzgar por la escritura de compra-venta, este solar no llegó a enajenarse definitivamente hasta el 3 de agosto de 1889, es decir, hasta que no estuvieron ultimadas las obras de la nueva sede de la Real Fábrica de Tapices que ya no seguiría llamándose de Santa Bárbara al trasladarse a la nueva calle de Fuenterrabía, abierta sobre el antiguo olivar de Atocha. En efecto, desde que se planteó el derribo del viejo caserón de la fábrica se buscó un lugar al cual trasladar los telares y demás enseres de la manufactura, decidiéndose la Intendencia de la Real Casa y Patrimonio por levantar un nuevo edificio con un programa ajustado a las necesidades de aquella. Para ello, en 1884, encargó al arquitecto de Palacio que entonces era José Segundo de Lema, un proyecto que parece estar ultimado, en su parte principal, en septiembre de 1888. El entonces director de la

¹⁵ Véase su reproducción en el Catálogo de la Exposición *Cartografía Madrileña (1635-1982)*, Madrid, Museo Municipal, 1982, p. 158. núm. 87.

Vías Públicas Núñez Granés, firma en diciembre de 1905¹⁵. Ello, a su vez, hace entender mejor lo tardío de la arquitectura que surge en este ámbito en relación con las zonas inmediatas. Si se repasan las fechas de los edificios más o menos próximos al palacio de Adanero, dentro del triángulo tantas veces citado de Santa Engracia, Luchana y Sagasta, comprobamos que, además de algunos levantados en torno a 1900, predominan los de construcción más tardía como los edificios de viviendas de palacios (1912) y Reynals (1916), en la calle de Sagasta, o los debidos a los Ferrero, como el actual Hostal Embajada (1919-1921) y el Patronato de Enfermos (1921-1924), ambos inmediatos a la sede del Instituto Nacional de Administración Pública.

El Palacio

La viuda de Adanero, doña Josefa Fernández Durán y Caballero, vivía en el corazón del antiguo Madrid, en la muy entrañable y castiza calle de la Magdalena, en el viejo caserón barroco de Ribera, conocido como palacio del marqués de Perales, padre de doña Josefa. Sin duda, la estrechez del lugar y el paulatino abandono del casco viejo que, desde mediados del siglo XIX, se viene produciendo por parte de la aristocracia y gentes de fortuna hacia las zonas periféricas más amplias y saludables del Norte y Este de la ciudad, le decidieron a buscar en el Ensanche un solar de los muchos en venta para levantar casa propia con suficiente espacio y desahogo para sí y el servicio a su cargo, cocheras, etc. A este fin adquirió, en octubre de 1910, un solar de mil trescientos veintiséis metros cuadrados que formaba parte de la manzana G de los antiguos terrenos de la Fábrica de Tapices y que tenía fachadas a la calle de Santa Engracia, todavía sin numerar, y a dos calles particulares, entonces sin nombre y hoy Manuel González Longoria y José Marañón. Por este solar la condesa de Adanero pagó doscientas setenta y tres mil doscientas sesenta y nueve pesetas y cuarenta y cuatro céntimos, a razón de dieciséis pesetas el pie de terreno¹⁶. Sin embargo, y a la vista de los primeros tanteos del proyecto, muy pronto se echaron en falta unos metros más de su superficie para lo cual, en diciembre del mismo año de 1910, se adquirieron poco más de trescientos cuarenta metros cuadrados, con lo que al final resultó un cuadrilátero con una superficie de mil seiscientos sesenta y siete metros cuadrados con veinticuatro decímetros cuadrados.

Para el proyecto del nuevo edificio, que si bien lo hemos denominado «palacio» su nombre respondía como tipo al de «hotel», ajustándose de este modo a una terminología propia de estos años, la condesa de Adanero o sus mentores buscaron en Joaquín Saldaña (1870-1939), al arquitecto que en aquellos momentos mejor sabía interpretar el gusto refinado y burgués de la aristocracia madrileña, cuyos hoteles y palacetes debían estar convenientemente sazonados de un cierto «touche» francés, convirtiéndose estos rincones de la arquitectura madrileña en un eco de la Belle Époque en vísperas de la Primera Guerra

¹⁶ «Escritura de venta de un solar sito en esta Corte y su calle de Santa Engracia... otorgada por el Excmo. señor don Manuel González Longoria y otros a favor de la Excm. señora Condesa viuda de Adanero... ante don Rafael Martínez Nacarino... Notario del Ilustre Colegio de Madrid, 20 de octubre de 1910, núm. 387».

¹⁷ ALONSO PEREIRA, J. R. *Madrid, 1898-1931. De corte a Metrópoli*, Madrid, 1985, pp. 51 y 60-62.

¹⁸ Archivo de la Secretaría del Ayuntamiento, sign. 18-186-15: «Expediente de don Pedro López Gragera solicitando licencia para construir un hotel y pabellón para cuadra y cocheras en el solar n.º 7 de la calle de Santa Engracia». López Gragera actuaba como apoderado de la condesa de Adanero.

Mundial. Así, el propio Joaquín Saldaña, con anterioridad a 1914 y en un período muy corto proyectó, entre otros, los «hoteles-palacios» de la marquesa de Hijosa (1904), del duque de Híjar (1906), de la condesa de Adanero (1911), del conde de Santa Coloma (1911), del duque de Plasencia (1912), del duque de Tamames (1913), siendo de 1915 el de la duquesa de Andría¹⁷. De este modo y sin ser exhaustiva la relación sino tan sólo indicativa puede medirse mejor el alcance de la elección de Saldaña que en aquellos días atravesaba el mejor momento de su vida profesional. Por otra parte Saldaña acertó de forma muy especial en el palacete de Adanero, pues su proyecto, si bien está concebido desde una óptica de vistoso eclecticismo tomando rasgos de aquí y de allá, observados en las revistas de arquitectura francesas, introducidos en la propia arquitectura madrileña por arquitectos franceses, utilizados por muchos de sus colegas españoles como Aldama o Rojí, en una palabra manipulando el copioso arsenal disponible dentro del «gusto francés», supo imprimir a esta obra un equilibrio formal y expresivo que va más allá de la alegre arquitectura de guirnaldas, columnas, festones y mansardas, alcanzando una indiscutible gravedad digna de tener en cuenta.

Los planos del proyecto de Joaquín Saldaña, conservados en el Archivo de Villa de Madrid¹⁸, están firmados el 1 de febrero de 1911 pero es ésta la única vez que aparece el nombre de Saldaña en la documentación manejada, ya que el director de la obra, quien hace la planta general incluyendo un pabellón de cocheras, la sección de ambos edificios y el estudio del alcantarillado (14 de marzo de 1911), memoria breve del proyecto (8 de abril de 1911) y actuación en la tira de cuerdas (26 de mayo de 1911), fue siempre el ingeniero y arquitecto Mariano Carderera. Muy posiblemente ello se deba a que Saldaña, en estos años, no puede atender personalmente todos los encargos más allá del proyecto mismo, y tanto la dirección de la obra como los trámites administrativos de las mismas fueron a parar a otros arquitectos como, en este caso, sucedió con Carderera. Mariano Carderera y Ponzán, hijo del célebre Valentín Carderera, pintor, coleccionista e historiador del arte, era ingeniero de caminos y desde el 16 de enero de 1874, también arquitecto, es decir cuando Saldaña todavía no contaba sino con cuatro años de edad y aún le faltaban otros veinte para alcanzar el título de arquitecto (30 de julio de 1894). Ello puede dar una idea de la diferencia de edad entre ambos arquitectos. Carderera era por entonces un hombre que se encontraba al final de su carrera profesional contando en su haber con algunos edificios notables en Madrid como puedan ser la Escuela Superior de Ingenieros de Caminos (1881) en el Retiro, no muy lejos del Observatorio de Villanueva, y la fachada (1877) del Casón del Buen Retiro que mira a la calle de Alfonso XII sobre el eje del desfigurado parterre. La ordenación clasicista de esta última fachada a base de columnas, entre académica y ecléctica, revela bien el arte de Carderera algo adusto y forzado, aunque siempre correcto. Tampoco sus casas de renta, como la de la calle

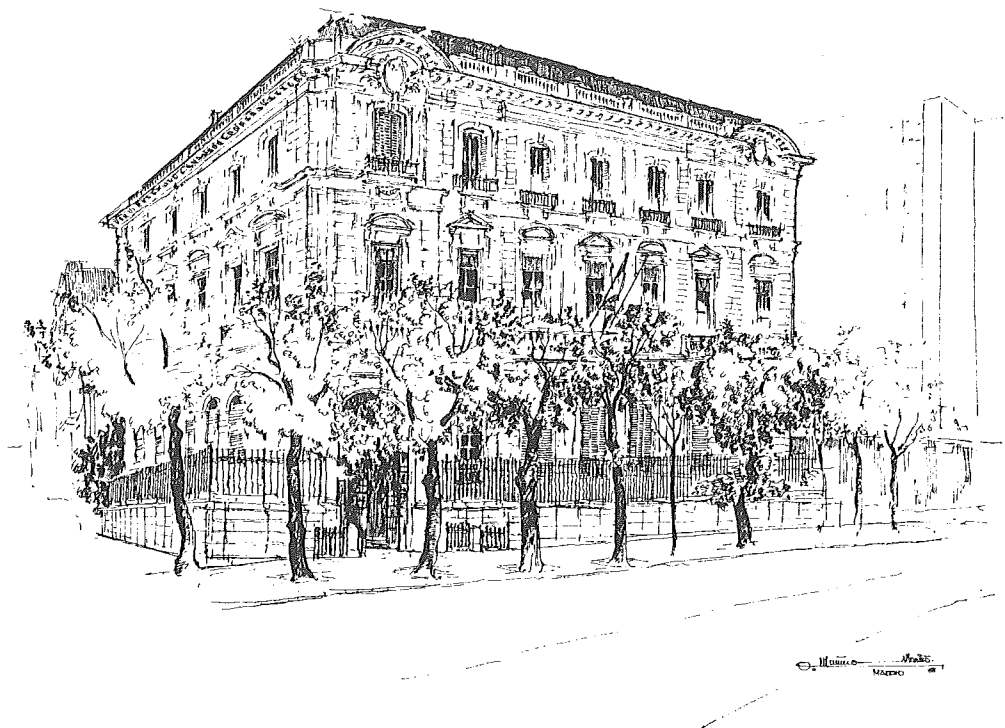
Moreto con vuelta a las calles de Felipe IV y Academia (1885) ni el edificio para el marqués de Casa-Arnao (1896), en la calle Orfila, muestran ese refinamiento caprichoso y amable que Saldaña supo encarnar en sus obras. Este, por el contrario, pertenecía a una generación más joven que entró en nuestro siglo XX con cierta energía alegre y optimista, a la par que decadente, que culminaría en la Belle Époque.

Nada mejor para captar el ambiente madrileño de los círculos burgueses y aristocráticos de estos años, que se dan cita puntual en hoteles y palacios análogos al de Adanero, que acercarse a las páginas que escribiera Enrique Casal bajo el seudónimo de León Boyd. Este redactó cuatro gruesos volúmenes, aparecidos escalonadamente entre 1913 y 1918, contando puntualmente cuanto sucedía en las *Fiestas Aristocráticas*, dándole luego forma de anuario bajo el título de *El Año Aristocrático*, y subtitulando todo ello como «Compendio de la Vida Galante». Allí está la razón de ser de parte de los programas arquitectónicos que Saldaña u otros arquitectos desarrollaron en esta olvidada página de la arquitectura madrileña.

La vida de aquellas mansiones fue, sin duda, la que sostuviera un cierto grado de cosmopolitismo capitalino en Madrid y sus arquitecturas. Colecciones artísticas y fiestas galantes fueron tanto objetivo periodístico — como lo evidencian las crónicas que en los años veinte publicaba el Conde de Monte Cristo en «Blanco y Negro», luego reunidas en su libro *Los Salones de Madrid* — como meta de aquel grupo heterogéneo y estudioso que formaba la Sociedad Española de Amigos del Arte y que organizaba visitas periódicas para conocer las pinacotecas y otros objetos de interés artístico de estos palacetes madrileños; tal y como lo hizo, la Sociedad Española de Excursiones, cuyo boletín está lleno de noticias en este sentido. No en vano la colección de pintura del conde de Adanero era una de las más importantes colecciones privadas de nuestro país, comparable y, en muchos aspectos, muy superior a las de los marqueses de Salamanca y Santamarca, especialmente en lo concerniente a los fondos de pintura española del siglo XVII. Resulta muy estimulante imaginar en el oratorio del palacio de Adanero la Epifanía de Sánchez Cotán, procedente de la Cartuja de Granada, los cuadritos de Goya como «El Naufragio» en algún gabinete, bodegones y naturalezas muertas colocados en el comedor de gala y así ir eligiendo los distintos temas apropiados a las salas y piezas que más adelante se citan, hasta componer un extraordinario museo, con el fondo de la colección excepcional que llegó a reunir en su día don Gonzalo de Ulloa y Ortega Montañés, parte del cual pasó a su sobrino don Gonzalo de Ulloa y Calderón, quien llevó el título de conde de Adanero hasta su muerte ocurrida a consecuencia de la caída de un caballo, dejando sus bienes a su viuda, la mencionada doña Josefa Durán, y a sus cuatro hijos¹⁹.

Pero volvamos al palacio para hacer un breve análisis del proyecto de Saldaña, compuesto de muy cuidados dibujos. El edificio cuenta con seis plantas hábilmente articuladas pero de muy particular distri-

¹⁹ VALDEIGLESIAS, MARQUÉS DE. «Un coleccionista notable: El conde de Adanero», *Arte Español*, 1947, pp. 1-6.

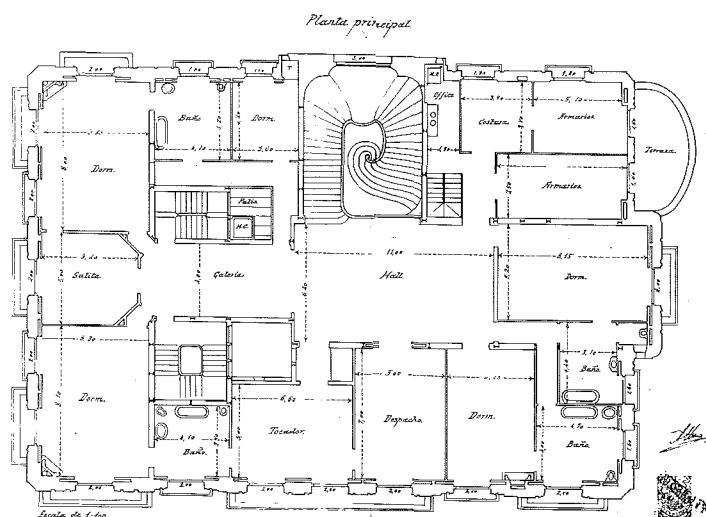
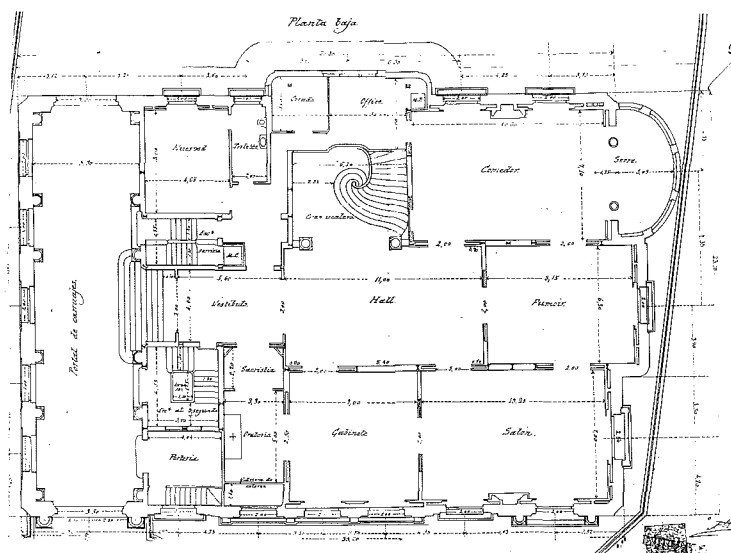


Palacio de la Condesa de Adanero.
Dibujo de O. Muñoz Mariño.

bución, lo cual hace algo confusa su interpretación inicial que intentaré traducir al lector. En líneas generales diremos que la casa-palacio de Adanero está concebida para alojar tres «habitaciones» principales, como se decía entonces, o viviendas, cada una con su correspondiente servicio doméstico. Pero la disposición de estas tres viviendas no coincide con una distribución en horizontal por igual, sino que hay toda una compleja comunicación vertical de la zona «noble» —de primer y segundo grado— con su correspondiente área de servicios, de tal forma que ascensor, escaleras, montacargas, montaplatos, entreplantas, teléfono interior, timbres, etc., permitían una pronta respuesta de la servidumbre sin que ésta ocupara la misma planta.

Comenzando por el sótano señalaremos allí la existencia de la vivienda del portero en relación directa, por medio de una escalera, con la portería de la planta superior, que es la que corresponde al nivel de la calle. Por su interés, amplitud y destino de las piezas, que puede tomarse como modélico, señalaré los cuartos principales y el uso correspondiente. La vivienda del portero, toda exterior con luces de semisótano, constaba de una sala, dos cuartos de dormir, una cocina, despensa y retrete sin lavabo. En el sótano se encontraban igualmente dos dormitorios para criados y el «comedor de criados», cocina, despensa, bodega, fregadero, cuarto de costura y plancha y lavadero, todo ello siempre para servicio de la condesa. Asimismo tres «trasteras», para cada una de las tres viviendas principales, carbonera, caldera, maquinaria del ascensor y el arranque de varias escaleras de servicio, así como un retrete para uso de esta planta.

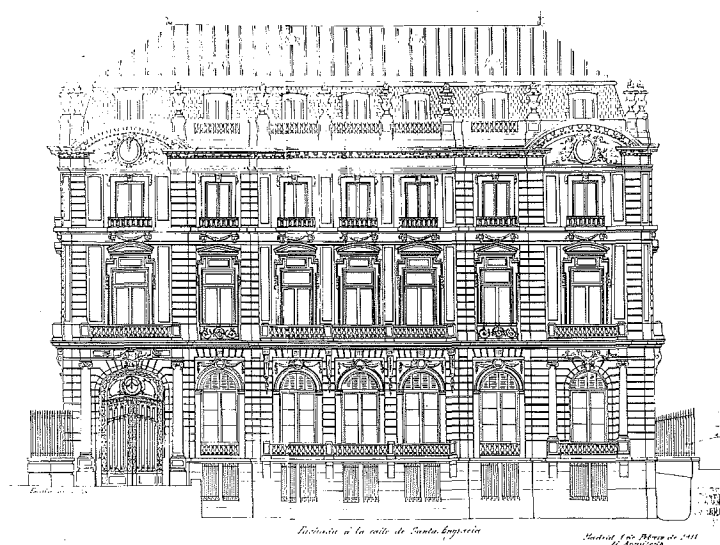
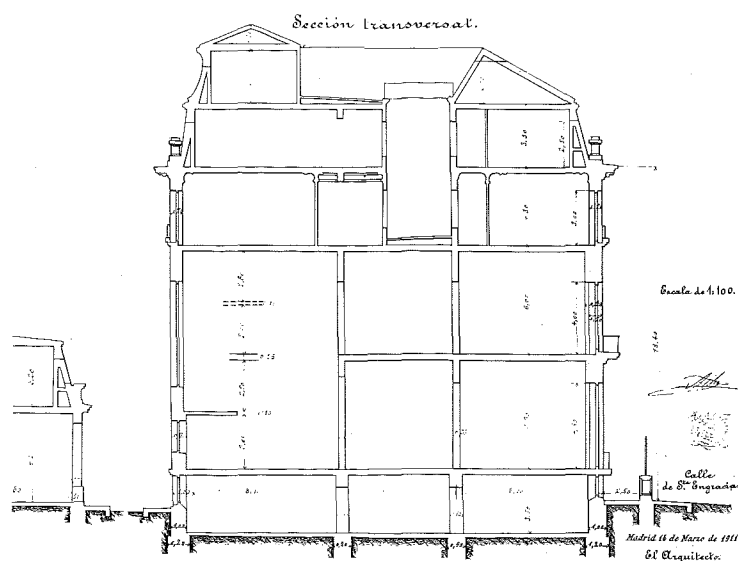
En la baja, esto es, la planta que está al nivel de la calle, además del largo «portal de carruajes» y de la correspondiente portería, se encuen-



Plantas baja y principal
Proyecto de Joaquín Saldaña
Año 1911.

tra la zona de representación, con las estancias más amplias, altas y cuidadas de diseño. Tras el vestíbulo llegamos al «Hall» del que arranca la «gran escalera», verdaderamente magnífica en su encaracolado arranque, bien iluminada y de generosa caja. El hall que actúa de distribuidor permite acceder al gabinete, salón, «fumoir» y comedor con su correspondiente «serre» a modo de mirador. Asimismo desde el vestíbulo se puede llegar al oratorio y a una buena habitación para huéspedes con su «toilette» correspondiente. Ascensor, escalera para subir al segundo piso, esto es a las dos viviendas «secundarias», escaleras de servicio, habitación para un criado y el «office» inmediato al comedor principal, sobre la cocina del sótano, completan el programa en este nivel que viene a ser la planta baja de la «habitación» de la Condesa. Sus habitaciones particulares se encuentran en la planta principal, donde encontramos una suerte de «suite», que a mi juicio debía ocupar personalmente la condesa, compuesta de un dormitorio, baño completo, tocador y despacho. Hay además otros tres amplios dormitorios con baños casi completos, un dormitorio pequeño, cuarto de costura e imponentes piezas para armarios, una salita y un «office» en la vertical de la cocina del sótano. El servicio de la condesa tenía sus habitaciones en un entresuelo sobre la zona de armarios antes señalada, compuesto por cinco habitaciones. Igualmente, entre el piso bajo y el principal otro entresuelo alojaba una oficina con su archivo correspondiente. La presencia de ambos entresuelos no rompe en absoluto el ritmo de huecos en la fachada, donde las luces de aquéllos pasan prácticamente desapercibidas.

Al llegar a la segunda planta cambia la generosa amplitud vista anteriormente al tiempo que la altura de techos, que era de cerca de seis metros en la planta baja, y poco menos en la principal, no sobrepasa aquí la todavía muy estimable de casi cuatro metros. Este segundo piso se asemeja bastante en su distribución a las organizaciones de las casas de renta que la alta burguesía ocupaba en el Ensanche. Se trata de dos viviendas práctica-



Sección y alzado
Proyecto de Joaquín Saldaña
Año 1911.

mente iguales en superficie y tipo de piezas, aunque no en su disposición, por lo que me referiré a las comunes. En ambos casos una «antesala» y largos pasillos nos conducen en primer lugar a la secuencia debidamente ordenada y comunicada entre sí del salón-despacho-gabinete-comedor. Es sin duda la zona noble del piso con las mejores luces al exterior. La parte más reservada la componen un dormitorio, tres cuartos, dos «toilettes» y un «office» con su montaplatos que comunica con la planta superior donde está la cocina y servidumbre.

En efecto, unas escaleras que arrancan de esta planta posibilitan llegar a la planta de mansarda donde encontramos otras dos viviendas de servicio, que con las de abajo forman una suerte de «duplex», verdaderamente original. Cuenta cada una con su «recibimiento», tres cuartos sin destino concreto, tres dormitorios para «criadas», un cuarto de armarios, un comedor de criados, amplia cocina, despensa, un «office» y un elemental W. C. Como todavía le faltan algunos servicios indispensables, como el lavadero y tendedero, cada una de estas viviendas cuenta con ambos en la planta última que a modo de sobremansarda se incorpora al plano de la fachada posterior, que la sección transversal dibujada por Carderera, en marzo de 1911, nos muestra de forma clara. En esta planta de cubiertas hay igualmente cuatro cuartos para «criados», todo lo cual puede dar idea del numeroso servicio empleado en el palacete de Adanero. Finalmente diremos que hay tres azoteas-tendedero, dos ya mencionadas y la tercera para la duquesa, completándose así este programa verdaderamente ejemplar.

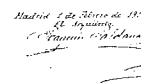
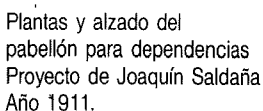
La organización descrita no tiene una correspondencia con la articulación de sus fachadas, cuyos alzados ocultan los usos más heterogéneos, buscando un equilibrio máximo que sólo se rompe en los ejes extremos al quedar descentrada la puerta de ingreso. Al contemplar la fachada principal desde la calle de Santa Engracia nadie puede advertir que aquellos balcones y ventanas dan luz a un oratorio, baños, tocador, dormitorios, salones, etc. Se da la circunstancia, incluso, de que dos huecos diferentes

en su tratamiento exterior iluminan la misma estancia y, al contrario, huecos iguales que exteriormente parecen pertenecer a una sola pieza responden en realidad a habitaciones distintas. Es decir, se produce una disociación entre la piel del palacete y su funcionamiento interno que cuenta con una distribución al margen del comportamiento autónomo de la fachada.

Por lo dicho más arriba no merece la pena insistir en el carácter estilístico del palacio y tan sólo notaremos la disposición de los ejes compositivos de la fachada principal, donde un cuerpo de tres ejes iguales va flanqueado por otros dos distintos con el siguiente ritmo a-b-c-*c*-c-b-a'. Saldaña trató de forma distinta cada una de las plantas, considerando la baja como basamental con el empleo de un llagueado profundo en la piedra y dovelaje a montacaballo en el arco de ingreso. Los huecos son amplios y van cerrados con arcos en el intento de crear una alegre composición festiva, casi a modo de logia, con discretos toques de guirnalda, que es el mismo tipo de hueco que encontráramos en el interior de esta planta. En los extremos de la fachada, tanto el portal de ingreso como el hueco que hace «pendant», llevan parejas de columnas muy discretas y en consonancia con las que aparecen en el gran hall interior que enmarca el arranque de la escalera principal. En realidad esta pareja de columnas de la fachada nos anuncia la vertebración estilística del interior a base de un orden jónico apilastrado muy sencillo, de indudable carácter «neorrocó» francés, tan frecuente en los palacetes de este momento, con acentos tan tópicos como los pendientes que cuelgan bajo las volutas del capitel.

La planta noble cambia de lenguaje y el arquitecto, conocedor del «repertorio francés», ha concebido esta planta con mayor sobriedad introduciendo leves acentos diferentes como la incorporación de antepechos de hierro que alternan con las soluciones abalaustradas o la disposición, también alternativa, de los frontones curvos y triangulares. Las orejetas de los balcones, las cadenetillas llaguedas, etc., contribuyen a reforzar su carácter francés. Los huecos de cada planta responden a un diseño diferente hasta completar el muestrario y así, en la planta alta, vemos discretos balcones cuyos huecos llevan un dintel ligero y característicamente curvo, mejorando el proyecto original de Saldaña que lo había concebido recto. El gran cornisamento con los enfáticos frontones, curvos y abiertos para alojar espejos con guirnalda, entre los que se tiende una larga balaustrada, completan la fachada. Por encima, apenas perceptible desde la calle, aparece la mansarda ligeramente retranqueada. Lo dicho para este alzado principal vale para el resto de las fachadas donde sólo se produce una modificación en la que mira a la calle José Marañón. Allí, la serre del antiguo comedor sobresale como elemento abultado a modo de ábside-mirador, sobre el que se aprovecha una terraza en la planta principal. Igualmente cabrían señalar otras modificaciones como, por ejemplo, el gran vano para la vidriera que ilumina la escalera principal desde la fachada posterior, la cual resulta por este y otros detalles algo más apagada que la principal.

Saldaña puso particular empeño en el diseño de la decoración interior



Este mismo arquitecto proyectó al tiempo un pabellón situado al fondo del solar dejando un pequeño espacio para el jardín. El edificio en cuestión, que en interpretación más sobria respondía al mismo gusto francés amansardado que el edificio principal, tiene casi más interés desde el punto de vista sociológico que arquitectónico, pues además del servicio doméstico ya mencionado hay otra servidumbre que no tenía cabida en el hotel. Nos referimos a lo que antaño se llamara caballerizas y luego garaje, y que en este caso por encontrarse en un tiempo intermedio, entre el caballo y el automóvil, no se ha desprendido todavía del primero. Este pabellón, hoy desaparecido, constaba de dos plantas. En la baja había seis cocheras para automóviles, cuadra para dos caballos, guarnición y habitación para un criado. En la planta superior un pajar, trastera, cuarto para las libreas, cocina, enfermería y tres cuartos para los «mecánicos». Los vehículos podían salir bien por el «portal de carruajes», de sobria y caprichosa arquitectura entre dórico-romana y toscana, o bien por una salida propia abierta en el patio-jardín que cuenta, como la entrada principal, con una soberbia puerta de hierro alineada con la verja del cerramiento general de la finca.

²⁰ «Escritura de agrupación de fincas y descripción de obra nueva otorgada por la Excm. señora doña Josefa Fernández Durán y Caballero... en 18 de mayo de 1914 ante don Rafael Martínez Nacariño... núm. 307».

²¹ «Primera copia de la escritura de compra-venta otorgada por Instituto de Estudios de Administración Local. Notaría de Madrid a cargo de don Claudio Miralles, Año 1941, núm. 528».

La tira de cuerdas había tenido lugar en mayo de 1911 y en diciembre de 1913 ya se solicita la licencia municipal para poder habitar el edificio, es decir la obra tardó unos dos años y medio en estar concluida. La concesión de la «placa de salubridad», requisito final e indispensable que expedía la Junta Municipal de Salubridad e Higiene, tuvo lugar en enero de 1914 y estaba firmada por el conocido arquitecto Luis María Cabello y Lapiedra, como vocal que era de la Junta.

Las obras se llevaron a buen ritmo bajo la dirección de Carderera quien apenas si modificó el proyecto de Saldaña. Los materiales empleados en la construcción fueron los siguientes: en las fachadas se utilizó cantería de granito en el basamento, como exigían las ordenanzas municipales; piedra de Almorquí (Alicante) en el zócalo e impostas de la planta baja y «repisas» y balaustrada del principal; muros de ladrillo; «abultado» de cemento y enfoscados de cal y arena. Los forjados eran de viguetas de hierro acerado con bovedillas tabicadas sobre muros de ladrillo en la planta sótano y sobre entramado de hierro con paños de ladrillo en el resto de las plantas. La mansarda lleva pizarra en la cubierta y zinc en las haldeatas. La obra nueva se escrituraba notarialmente en mayo de 1914²⁰.

Poco tiempo iba a permanecer el palacio como propiedad de la Condesa de Adanero, pues ésta, que ya se había retirado a vivir a un piso en la calle Marqués de Riscal, alquiló primero el palacio a un particular y luego ofreció, en 1941, el edificio al Ministerio de Gobernación tras conocer el concurso de ofertas para adquisición de un inmueble que sirviera de sede al recién creado Instituto de Estudios de Administración Local (1940).

Los trámites fueron muy rápidos y la condesa de Adanero firmaba la escritura de compra-venta en agosto de 1941²¹, recibiendo por el palacio un total de tres millones y medio de pesetas.

Inmediatamente la Dirección General de Arquitectura encargó al arquitecto José Fraile y Ruiz Quevedo el proyecto de reforma para acondicionar el edificio a su nuevo uso como centro de estudios. El arquitecto fue, en líneas generales, bastante respetuoso con el palacio y donde más profundas fueron las modificaciones, como, por ejemplo, la conversión del antiguo comedor principal en biblioteca, éstas se hicieron con auténtico decoro. Desdichadamente no ocurrió lo mismo con el salón de actos vuelto a reformar años más tarde sin mejor suerte. Aulas, salas de profesores, despachos, sala de conferencias, seminarios, etc., fueron ocupando los antiguos dormitorios, gabinetes, piezas de la servidumbre, sin excesivos desplazamientos de tabiquería y ordenando todo dentro del pie forzado de las tres crujías paralelas a la calle de Santa Engracia y las dos perpendiculares a ella, en la dirección que deja ver el portal de carruajes. Fraile diseñó todo el nuevo mobiliario, el de la biblioteca en un sobrio estilo Imperio, siendo de carácter puramente funcional el destinado a las aulas. El costo total de la reforma fue de poco más de ochocientas mil pesetas y las obras se llevaron a un ritmo muy rápido para las que el arquitecto redactó un detalladísimo pliego de condiciones, en noviembre de 1941, en

cuyo apartado 28 se recuerda que «la finalidad de este edificio y su especial carácter obliga a que la ejecución de la mano de obra sea muy esmerada, por tanto, lo que en la buena práctica de la construcción se considera como de primera calidad, deberá ser la condición primordial en la ejecución de los trabajos». En octubre de 1942 comenzó a prestar sus servicios el Instituto de Estudios de Administración Local desde el nuevo edificio reformado que, afortunadamente, no alteró lo más mínimo sus fachadas. El crecimiento de las actividades del centro y la necesidad de dar cabida a un alumnado que iba en aumento de año en año, aconsejó el derribo del pabellón trasero, encargándose al arquitecto Jenaro Cristo el proyecto de lo que conocemos como Escuela Nacional de Administración Local, donde se imparten los cursos y seminarios. El nuevo edificio, construido en un momento de modesto funcionalismo, costó algo más de cuatro millones de pesetas y se inauguró en diciembre de 1959, año que en interrumpimos este apretado recuento de las vicisitudes del antiguo Palacio de Adanero, protegido hoy por el Plan Especial de Protección y Conservación de Edificios y Conjuntos Histórico-Artísticos de la Villa de Madrid, y conservado con orgullo por el Instituto Nacional de Administración Pública.

Pedro Navascúes Palacio